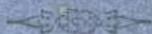


INCONDA.



TRAGEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL

de

D. Gabriel Fernandez.



GRANADA:

IMPRENTA DE DON JUAN MARIA PUCHOL.

1850.

ADVERTENCIA

Es propiedad de su autor y usarse de su obra
hecho contra el que la legislación sea en su
favor. Los ejemplares librados en forma

INGONDA.

Biblioteca Universitaria	
GRANADA	
Sala	C
Estante	36
Número	42 (2)

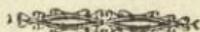


These books
Library
abandoned
que el
vestras
guardar
engañarse
en parte
libros
luna
apareciendo

Doce años

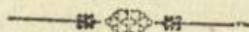
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

ADVERTENCIA.



Es propiedad de su autor y usará de su derecho contra el que la reimprima sin su permiso. Los ejemplares llevarán su firma.

RECTIFICACIONES.



<u>PÁG.</u>	<u>LÍNEA.</u>	<u>DONDE DICE.</u>	<u>DEBE DECIR.</u>
10	19	libradme.	librarme.
10	25	dormidos.	adormidos.
12	29	el que.	que al.
20	8	nuestras.	vuestras.
29	20	guardad.	guardar.
40	21	engañarme.	engañadme.
40	31	un padre.	su padre.
41	9	Haced.	Habed.
43	5	cuna.	luna.
50	13	pareciendo.	apareciendo.

R. 28457

INGONDA.

Tragedia en tres actos y en verso,

ORIGINAL

DE

Don Gabriel Fernandez.

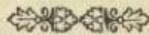


GRANADA:

Imprenta de D. Juan María Puchol.

1850

PERSONAS.



Leovigildo	<i>Rey godo de España.</i>
Hermenegildo	} <i>Hijos.</i>
Recaredo	
Ingonda	<i>Esposa de Hermenegildo.</i>
Chindasvinto	<i>Ministro del Rey.</i>
Sisberto	<i>Capitan de Guardias.</i>



ACTO PRIMERO.



La escena en toda la tragedia sucede en Toledo.—En este acto representará el teatro una habitación del palacio del rey lujosamente amueblada, con puertas laterales.

ESCENA I.

RECAREDO Y HERMENEGILDO.

RECAREDO.

La tristeza depon y el sobresalto,
¡oh mi querido hermano! Ten tranquilo
el angustiado corazón. El día
en que ante nuestro padre Leovigildo
termine tu sufrir, llegó. A sus plantas
lograrás el perdón. El santo grito
del amor filial, suene en su alma,
y en sus amantes brazos, bendecido
de los piadosos cielos y del mundo,
ventura alcanzarás. Yo no te humillo
con precepto tan justo; sus pies besa,
que es tu padre y gran rey; y si abatido
postrado te contemplas, ve en su pecho
un trono para tí, que es de cariño.
Cual rey heróico, padre sin segundo

es su timbre mayor ser compasivo.
Yo te custodiaré, yo te respondo
del dischoso perdon porque suspiro.
¿Dudas de mi querer tan entrañable?

HERMENEGILDO (*Corriendo á sus brazos.*)

¿Yo dudar de tu afan hermano mio?
dudar de tu querer, que es mi consuelo,
mi bien, mi apoyo en mi cruel destino?
Con qué te mostraré?.....

RECAREDO.

Con ser felice:
tu dicha y tu reposo solo ansío.

HERMENEGILDO.

¿Y cómo serlo, si en mi triste pecho
me dá el remordimiento su martirio?
Hijo de Leovigildo el gran monarca, (*acusándose.*)
que es de los godos la fortuna y brillo,
cuyo amor paternal admira al mundo
y bendito será por luengos siglos,
en vida me cedió poder y trono.
De tan alto favor creyóme digno,
y nunca allá en su mente soberana
la vil ingratitud pensó del hijo.
En afanosa guerra el rey potente,
bate, dispersa y vence al enemigo,
y yo rey de Sevilla, su hijo amado,
que debiera volar á darle auxilio,
acaudillo insensato á los Suevos,
á Francos y Vascones! Y yo incito
hasta á los imperiales contra el padre
que vive por mi afan y mi cariño!
Su santo enojo al retenerme preso
debió estallar con ejemplar castigo;
cuando tú, Recaredo, grande, heróico.....

RECAREDO.

Cubra ese tiempo el velo del olvido.
Frágil, mísero el hombre, le es bastante
separar su razon del precipicio
que le ofrecen las pérfidas pasiones.
Tu alma noble ha cobrado su dominio.....

HERMENEGILDO.

Déjame que me acuse, que así espie
todos mis desaciertos, mis delirios.
Huí de Toledo ingrato á tus consejos,
desoyendo el honor, y fementido
la bondad de mi padre profanando,
otra vez el pendon del esterminio
á enarbolar volví. Yo soy un monstruo !.....
Entre mi padre y yó media un abismo.

RECAREDO.

Cálmate, Hermenegildo. Un padre es grande:
es la imágen de Dios: si está ofendido,
y oye la voz del hijo que le implora,
las ofensas olvida y los delitos,
y en un raudal de gozo y de ternura,
convierte su afliccion y su martirio.
Desde el dia fatal que al monasterio
desde Córdoba huiste, que el sigilo
ocultó tu vivir, ¿ crees por ventura
que tu querido padre Leovigildo
no temerá tu suerte? ¿Qué su alma
no se haya alguna vez por tí afligido?

HERMENEGILDO.

Y aunque por su bondad, que no merezco,
y por tu noble afan, hermano mio,
alcanzára el perdon ¿piensas no obstante,
que así mi corazon se halle tranquilo?
¿Cómo me juzgará la adusta historia!

Con qué rasgos tan negros en su libro,
estampará mi nombre! Y es lo cierto
que no merezco tan fatal juicio.
A mi padre jamás yo aborreciera,
ni una ciega pasion me ha conducido
á usurpar su poder. Enamorado,
los tormentos de Ingonda, sus martirios,
exaltaron mi alma ¡es pues tan bella!
¡Tan cándida y tan pura! Tan inícuos
sus viles adversarios, que cubiertos
con el manto real lanzan sus tiros!....
Las creencias religiosas discordando,
un deber imperioso me han prescripto;
y no te ofendas, no, mi caro hermano,
aunque sigas la ley del arrianismo,
que á nuestras almas Dios una ley diera
para no ser jamás nunca enemigos.
Pero al ver los católicos sufriendo,
do quiera atormentados los obispos,
mil mártires probando con su sangre
que Dios Omnipotente es uno y trino,
¿Cuál era mi deber? yo enagenado
con la ley que adorara en el bautismo,
¿á quién debiera oír? A quién mi brazo
debiera consagrar? Del cielo el grito
sonó en mi corazon, y los lamentos
de la Iglesia Católica, á mi oído
llegaban sin cesar.

RECAREDO.

No amable hermano,
no es de tu religion ese principio:
«No gozará las glorias del Eterno,
el que fuere rebelde, ingrato hijo.»
La ley del Salvador es de paz solo.

Triunfará la verdad , podrán los siglos
oscurecerla un tanto , los errores
la cubrirán con manto denegrido ;
mas lo mismo que el sol vence las nubes,
y ostenta su radiante y bello disco,
así ella brillará. Espera el dia
en que Dios por un alto beneficio ,
haga lucir de la verdad la antorcha.
No pienses , no , querido Hemenegildo ,
que una sincera fé guia á los tuyos ,
que su afan tenga origen tan divino.
Cubiertos con el dogma , y ambiciosos ,
los bienes terrenales son su ahinco ,
por alcanzarlos destruirán al Rey ,
y perderán á su inocente hijo.
Persuacion , caridad y sufrimiento ,
he aquí del cielo el inmortal camino.
Vive , sí , por tu padre , sé su apoyo ,
y espera de Jehová clemente y pio ,
que una á los hombres como hermanos todos
con solo una creencia , un solo rito.

HERMENEGILDO.

Oh cómo tus palabras me consuelan !
Cómo alientan mi pecho comprimido !
Oh cuánto me enagena ser tu hermano !

RECAREDO.

El tiempo llega , corre Hemenegildo
de nuestro padre augusto á la presencia.
Tan bellos sentimientos te hacen digno
de su incesante amor. Pronto en sus brazos
se gozará tu pecho enternecido.
Yo velaré por tí : adios hermano. (*Se va.*)

HERMENEGILDO.

La bendicion del cielo esté contigo.

ESCENA II.

HERMENEGILDO É INGONDA

que sale por la puerta lateral de la derecha.

HERMENEGILDO.

Cálma mi bella Ingonda, tus temores,
el cielo, á tu alma pura compasivo,
un venturoso porvenir te ofrece.

INGONDA.

Hasta verte feliz se halla intranquilo
mi amante corazon. Hace dos dias
que me habeis á esta corte conducido.
y temo sin cesar. Estoy temblando
en este régio alcázar donde habito
y en el cual un presagio bien funesto
me dice que aquí está nuestro suplicio.

HERMENEGILDO.

Recelos son de tu cariño hermoso.
Basta de padecer. ¡Cuánto has sufrido,
tierna y preciosa flor! Apenas goza
tu vida del reflejo matutino,
el furioso huracan de las pasiones
la marchita cruel. Pesar, martirio,
acibarán tus alegres dias:
¡ni candor, ni belleza te han servido!
Tu alma elevada á la region celeste,
emblema de la fé del cristianismo,
plegada al sentimiento religioso,
solo por él, mi Ingonda, has padecido;
y cual perla encerrada en dura concha
que arrastra la corriente en raudo giro,

y en su seno conserva la hermosura,
¡qué divina presentas hoy el brillo
del alma tan sensible, que en tu pecho
para amar y creer, Dios te ha infundido!
Eres un ángel del Señor que viertes
el consuelo y ventura en mi destino.
Tú, el corazon de dichas inefables
me inundas sin cesar: del arrianismo
con mágica ilusion, me has elevado
á la pura moral de Jesucristo,
y adormido en mi fé y en tus amores,
de gloria y de delicias me has ceñido.
¡Cuánto te adoro!.... Cuánto!.... Si mi padre
escucha del deber el santo grito,
si al amor filial presta acogida,
y en sus amantes brazos me reclino,
si el perdon que le imploro me concede,
en este dia mi anhelar consigo.
¡Qué feliz voy á ser!... Pídelo, hermosa,
al que el cielo de estrellas ha vestido,
al que te formó á tí como una muestra
de su sabio y su inmenso poderío.

INGONDA.

¡Qué grande y qué sublime te presentas,
mi caro y mi querido Hermenegildo,
cuando me hablas así! Apenas basto
á contener mi gozo y regocijo.
Tu nobleza de alma me estasia
y tu amor me enloquece.
A tí, Dios mio, *(Se dirige al cielo.)*
debe Ingonda su dicha, y hoy su acento,
ébria de gozo y júbilo infinito,
sumisa y fervorosa te dirige.
Desde el trono de gloria, en que os admiro,

velad por la existencia de mi esposo,
que en la sagrada pila del bautismo
el alma os consagró. La nueva ley
que al templo le llevó de vuestro Hijo,
le haga siempre feliz! Si el culto santo
le ha de ofrecer la copa del martirio,
apúrela yo sola hasta las heces.
Yo lo llevé hácia tí: yo por él vivo.
¡Cuánto con la oracion se eleva el alma!
¡Qué plácida ventura yo respiro!
Sí, de los querubines la existencia
hoy gozo por tu amor. En mi delirio
hay algo celestial, que apenas puede
anegado mi pecho resistirlo.
No me bastó al placer que ahora me ocupa!
No es posible amar mas, Hermenegildo!
Todos mis pensamientos para amarte,
en uno, solo, eterno, se han unido.
Tan dulce frenesí me hace que tema:
do quiera ve pesares, sacrificios....
dime que no los hay, que no los temes..
dáme tranquilidad.

HERMENEGILDO.

Angel divino,
manantial de bondad, de dicha y gloria,
¿qué puedo yo temer si estás conmigo?
Pude un dia olvidar lo que á mi padre
debía aun por amor.... fuí ingrato, indigno....
mas ¿cómo tolerar si tu sufrías,
tú, ¡pura é inocente como un niño!
Víctima siendo de implacable odio,
qué malos consejeros han vertido?
Ah! venga sobre mí, pesar, tormento....
hasta la muerte en fin; pero un suspiro

que te arranque el dolor, me incendia el alma!
y pierdo la razon y el alvedrío.

No pienso mas que en tí, y en el bien sumo
que el poder que tu adoras, me ha ofrecido:

en ese Dios clemente, en quien yo creo

porque en tu corazón tiene un asilo,

y porque á un mismo Dios tu alma y la mia

debieran venerar. He aquí el motivo

porque á vengar tu padecer lancéme,

y porque apareciera ingrato hijo.

Mas ya con tu virtud mi afan calmado,

depuesta mi ambicion, tierno y sumiso,

de mi padre el perdon y estrecho abrazo,

voy á implorar. No dudo conseguirlo.

Es noble, es generoso, y al fin padre,

que siempre su perdon me dió benigno.

INGONDA.

Fugaz todo en el mundo, los mortales

sucumben sin que llenen el vacío

de su ansiada ambicion, sin que el reposo

logre su ardiente afan.... Hermenegildo!

huye de esa pasion que el alma abrasa,

y destruyendo quema. Peregrinos

en la voluble tierra, las pasiones

acallarán su penetrante grito

ante nuestra virtud, y en medio de ella,

del bueno y de los pobres bendecidos,

entre amor y ventura, nuestros dias

serenos pasarán. Así el alivio

tan solo goza el pecho, así tan solo

se llega hasta el sepulcro sin delito.

¿Qué importa que la rabia y sed de mando,

lancen contra los dos sus fuertes tiros?

¿No es preferible en fin, á la del crimen,

la corona inmortal que dá el martirio?
Dios te iluminará si te destina
para que desaparezca el arrianismo.
La justicia y bondad tu norte sean:
del poder no te ciegue el atractivo,
y si la muerte, en la virtud encuentras
recibiré tus últimos suspiros:
contigo espiraré que nuestras almas
tienen un solo Dios... solo un destino.
Mas sé cauto no obstante que tu vida,
en quien mi gloria y mi delicia cifro,
para hacer tremolar el pendón santo,
con tu brazo robusto, y con tu brio,
te la cediera Dios, y en pos te siguen
ocultos y perversos enemigos.

HERMENEGILDO.

Lo sé querida esposa. Mi prudencia,
mi íntima convicción, han decidido
libradme de los lazos que me tienden.

INGONDA.

Tiemblo al pensar!!.... perdona á mi cariño,
que en todos los momentos me fascina,
sin que del sueño el libre desvarío
te separe de mí.... Tu hermosa imágen
ocupárame anoche: ya dormidos
en un sueño balsámico mis ojos,
de ilusion estasiada y de delirio,
en los tuyos gozaba la ventura.
En tu seno amoroso me reclino
y al estrecharte con ardor, creía
ver en tí un serafin, Hermenegildo.
Sencilla mariposa, me abrasaba
en tu fulgente luz, y del olimpo
la gloria disfruté. Cuando entregado

á deliquio tan dulce el pecho mio
que á tanto disfrutar no era bastante,
allá un espectro divisé fatídico,
que el hacha del verdugo enrojecida
en tu cuello blandía. Doy un grito:
me interpongo entre tí y el hacha horrible,
y al abrazarte mas!.... Oh qué suplicio!
qué angustia tan mortal! qué pesadilla!
Tiemblo esposo adorado al referirlo,
me encontré tu cabeza ensangrentada,
y al caer en tu sangre, sin sentido
desperté, porque el alma me oprimia
tantísimo dolor, tanto martirio.
¡Qué alegre despertar cuando te veo
calmando mi pesar, enternecido!.....
No te espongas mi bien, que por tí solo
la existencia apetezco.

HERMENEGILDO.

No hay peligro,
hermosa Ingonda, ni tenerlo debes.
Bien pronto volveré, y en este sitio,
lleno de gozo y de envidiable dicha
al instante verás á Hermenegildo.
Conozco las intrigas de los hombres,
la sublime moral de Jesucristo,
de mi padre el honor y la grandeza,
el poder de tus labios purpurinos,
que eres la mensajera que María
para darme un consuelo me ha traído.
Nada debes temer. Guárdete el cielo. *(Se va.)*

INGONDA.

Adios, ven al momento, esposo mio,
que cada instante que á mi vista faltas
de penas y tormentos es un siglo.

ESCENA III.

INGONDA *sola.*

La mision que me has dado, rey del cielo,
es superior á mí: tierna y sencilla
con tu pura verdad elevo el vuelo,
y cuando mas mi fé grandiosa brilla,
mas entonces me agovia el desconsuelo.

Mi esposo no es por mí rey de Sevilla;
por mí sufre prisiones y quebranto,
¿Cómo no he de temer si le amo tanto?
¿Por qué ese amor que ocupa mi deseo
para tí solamente no has dejado?

por qué las aras santas de himeneo
de gozo terrenal me han inundado?

Dos afectos mi alma por trofeo
con severo deber han señalado:

mi Dios, mi noble esposo perseguido!....
para verle sufrir yo no he nacido.

(Se hinca de rodillas y ante una medalla de la Virgen que sacará del seno dirá.)

Virgen hermosa, pura y sin mancilla,
fuente de amor y de ventura eterna,
cuyo nombre dulcísimo tan solo
de plácido consuelo el alma llena:

Tú, Virgen del dolor, que aun en las flores
de la cuna bendita solo vieras
rosas de la pasion de tu Hijo amado,
que el pecho te inundó de angustia inmensa:
el que apurar la hiel de la amargura,
en tu intenso sufrir, en tu inclemencia,

ofreciste en el mundo al desgraciado
su protectora ser, su Madre tierna,
escucha mi plegaria dolorida.

Salva á mi Hermenegildo, que en la tierra
es mi apoyo, mi vida, mi delirio,
y á quien sigue do quier traicion horrenda.
Cúbrelo con el manto de tu gracia
asilo de virtud y de inocencia,
flor bella del Carmelo! Madre mia!
Tu celestial amor calme mis penas.

ESCENA IV.

INGONDA *y* CHINDASVINTO *que entra.*

CHINDASVINTO.

Permíteme, amable Ingonda.....

INGONDA.

¿Qué traeis?

¿Sereis nuncio tal vez de malas nuevas?

¿Qué es de mi Hermenegildo? Respondedme.

Vos que teneis del trono la tutela,
que sois de Leovigildo el consejero

y con arte sabeis y sutileza,
dirigir al monarca generoso,

que es ley vuestro capricho, que os revela,
su anhelo mas recóndito..... decidme.

¿mi esposo alcanzará la real clemencia?

Vos que vísteis crecer mi dulce infancia,
no aliviareis mi insoportable pena?

Por piedad.... no engañadme.

CHINDASVINTO

En tí, tan solo,

de Hermenegildo el porvenir se encierra.

Tú puedes decidir, y de tus labios
fallo dichoso pende, ó cruel sentencia.

INGONDA.

No os entiendo señor; ¿quién en el mundo
le amára como yo? quien por él diera
el reposo, la dicha, y los placeres?
¿quién como yó le diera la existencia?
¿Qué debo hacer?..... Decidlo. No os comprendo.

CHINDASVINTO.

Oh! no me has entendido!.... Tu belleza,
esa hermosura que al mortal seduce,
esos ojos de amor que el alma quemán,
¿nada, Ingonda, te dicen? ni tampoco
mi venida á esta hora y tan secreta?
Precioso el tiempo es, no hay que perderlo.
Yo te amo, Ingonda, y en tu amor se encuentra
mi soberano bien, mis goces todos.
Tu peregrina imágen por do quiera
se presenta á mi vista: los festines,
el poder de la gloria y de la tierra,
sino los santifica tu recuerdo,
son un martirio que mi amor incendian....
que el corazon me ahogan....

INGONDA.

¡Caballero!

Mi clase respetad: tened la lengua.
Vos!... no me conoceis. Yo soy Ingonda,
hija de Sigiberto; soy aquella
que con la leche maternal gozára
del santo honor, de la virtud austera,
el dogma celestial: la que mil vidas
entregára al sufrir de crudas penas,
antes que un solo instante con mancilla
su frente presentar á Dios pudiera.

En fin , señor , yo soy la casta esposa
del rey Hermenegildo.....

CHINDASVINTO.

Ingonda bella ,
la ley universal de amor es solo ,
y no hay deber , ni causa , ni potencia ,
que sugete su imperio. El Dios del orbe ,
ese Dios , dulce Ingonda , que veneras ,
enciende mi pasion , y no es posible
sino que el grande Ser , mi amor encienda.
Desde que yo te ví ,.... mis pensamientos ,
todas mis afecciones , mis ideas....
todo te consagré ! y en mi delirio ,
en la fiebre terrible que me quema ,
la mágica ilusion de la esperanza
el fuego abrasador calmó en mis venas.
Desde entonces pensé....

INGONDA.

Por piedad.... Basta....
Retiraos , caballero. Tanta afrenta
no me es posible oír....

CHINDASVINTO.

Tendrás que oirme ,
que nada á mi pasion hay que contenga.
Mi religion , mi gloria , mi ventura ,
es tan solo tu amor.... sin él.... Centellas
de furia y de terror serán mis iras.
Tú me salvas Ingonda , ó me condenas.
Vea yo el mirar de tus divinos ojos!....
Torna , hermosa , hácia mí , tu faz risueña.
Entre el misterio del secreto puedes
hacerme disfrutar ventura eterna.
Entonces yo pendiente de tus labios ,



te elevaré al poder.... y la diadema
colocando en tu sien.....

INGONDA.

Me horrorizais!....

Vuestro nefando amor de ira me llena.
Os miré bien un dia, os creí honrado;
pero hoy ante mí vista, el alma suelta
á cruel indignacion, pérfido, innoble,
mil veces mas perverso que una hiena,
os puedo maldecir: ya el autor veo
de todos mis tormentos que se ceba
en marchitar mi juventud: de odio
llenais mi corazon..... mi alma os detesta.

CHINDASVINTO.

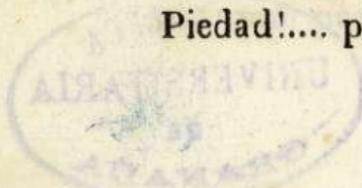
Bien, Ingonda, me odias!.... me aborreces!...
Hoy verás si me vengo: al cielo apela.
Yo de tus padeceres solo he sido
el incansable autor, quien te tragera
al estado penoso en que te hallas
para sinó el amor, la ley de fuerza
te tragera á mis brazos y á mi alma.
Hoy me sabrás querer.... á cruda guerra
te condeno, infeliz. Ya doy principio,
convirtiendo el amor en saña fiera.
A Leandro y Fulgencio, á esos prelados
que con su fanatismo te encadenan,
no los verás ya mas.

INGONDA.

Ah! Chindasvinto,
si un pensamiento humano en vos se encierra
tenedme compasion! si soy culpada
vengad en mí tan solo vuestra ofensa.

CHINDASVINTO.

Piedad!.... piedad!.... Ingonda me aborrece!



y al ver la llama que mi pecho incendia,
que mi alma devorando la consume
me deja perecer en esta hoguera!....
Oye.... y recuerda el juramento horrible,
que el despecho feroz hace que vierta:
O triunfo de tu amor y venturoso
gozo de esta pasión, única, eterna....
ó responde al momento de tu esposo
saltando de su cuerpo la cabeza.

INGONDA.

Ay!.... ya no puedo mas. Salva, Dios mio,
de mi querido esposo la existencia.
Déjame por piedad, déjame y huye!.. (*Sedesmaya*)

CHINDASVINTO.

Sufre mi enojo, sí, pues me desprecias,
que yo á gozar empiezo en mi venganza.
¿Quién podrá contener si se despeña
mi terrible furor?

ESCENA V.

CHINDASVINTO, INGONDA *desmayada*, y RECAREDO
que al entrar oye las últimas palabras de CHIN-
DASVINTO.

RECAREDO.

Yo!.... Recaredo,
testigo de tu infamia y de tu afrenta,
de tu conducta mísera, execrable
y de todo el horror de tu alma negra.
¿Quién te sujetará?..... Yo, Recaredo,
seré dique al torrente: centinela
del honor de mi hermano Hermenegildo,
te haré hombre vil, besar hasta su huella.
Yo, con las garras del leon, de Ingonda,

avecilla de amor y de inocencia,
te apartaré, milano, y con tu sangre
esculpiré tu nombre, como emblema
de eterna maldicion.... Yo, Recaredo.
¿No me conoces ya?.... Cobarde!... ¿Tiembblas?

CHINDASVINTO.

¿Por qué tanto furor? Señor calmaos.
He tenido un momento de imprudencia:
una debilidad, de las que nunca
el alma de un mortal se mira exenta.
Perdonad, Recaredo, no es posible
que esto á nuestra amistad en nada ofenda.
Yo olvidaré mi error; y vos lo mismo
cual buen amigo hareis. La diadema.....
el trono de la España.... á vuestros ojos
mucho debe brillar.... En esta empresa
sabeis la parte que me cabe....

RECAREDO.

Calla!

con sangre y con traicion, ¿quieres que pueda
olvidar esta infamia?.... Otros delitos
¿me brindas Chindasvinto, por ofrenda?
¡Yo, traidor á la sangre tan preclara
que en mi pecho circula! Buena enseña
para el que espejo es del reino godo.
Yo mancillar mi estirpe Augusta y régia!
Yo traidor á mi padre Leovigildo!

Suspende ya la viperina lengua
sino quieres que piense que soy hombre
y grite al corazon naturaleza.

Bien sé que con el trono te guareces,
quizá porque dió el cielo la sentencia
de que bajo la púrpura se abriguen
culebras como tú que la envenenan.

Con seduccion y alhago el rey bondoso
de precipicio en precipicio llevas,
y escudado con él, víctimas miles
sucumben al furor de tus saetas.

Mas el dia llegó!.... ¡Tiembra malvado!
de que el veneno que tu pecho encierra
no se arroge en el trono.... El combustible
otro volcan tendrá..... no el que tu piensas.

CHINDASVINTO

Mirad, señor, la lucha que emprendeis!....
Nada hace vuestro padre que no obtenga
toda mi aprobacion. Si á vos me entrego,
la corona de España es toda vuestra,
si al contrario....

RECAREDO.

Comprendo. Preparado
estoy para sufrir esta contienda.
A mi padre, á la patria y á mi hermano
los libraré de tí.... Sí, tu opulencia
toca bien triste ocaso, y ya comprendes
que siempre sé cumplir con mis promesas.

CHINDASVINTO.

Me retiro, señor, cuando apacible
os fuere necesaria mi presencia,
me escuchareis mejor. Soy vuestro amigo.
(*Aparte.*) Tú verás el insulto lo que cuesta (*vase.*)

INGONDA. (*Vuelve del desmayo.*)

Huye genio del mal!.... Hermenegildo,
Hermenegildo!.... Ven, sal de esta tierra.
Mil peligros!.... la muerte!.... esposo mio!....
ya blanden el puñal!!!.. Oh Dios, clemencia.

RECAREDO.

Calmaos señora. Al lado de un hermano
que el cielo os concedió, y que os venera

nada debeis temer. Bajo mi amparo
desahogad la amargura y la tristeza.
Si á costa de mi brazo y de mi sangre
debe Ingonda brillar vuestra inocencia,
yó la derramaré.... que es grande solo
quien la santa virtud del crimen venga.
Venid al pié del trono, allí hallareis
el bálsamo precioso á vuestras penas.





ACTO SEGUNDO.



La escena en este acto, en el palacio del rey.—
Aparece en el trono.

ESCENA I.

LEOVIGILDO *solo.*

Bien hacen los que medran con el trono,
los que quieren por reyes instrumentos
de su innoble ambicion, hacerlos presa
aun en la misma cuna, del deseo
que ardiente los ocupa. En falaz gloria,
en perfumes los principes envueltos,
los festines, la música los duerme
al llanto sordos del paciente pueblo;
pero la dignidad del alma grita
y cobrar suele su elevado imperio.
¿Por qué los reyes, si divinos nacen,
toda tierna afeccion no arrancó el cielo
del corazon sensible?.... Héme en la cumbre
de poder y de gloria estar cubierto,
endiosado en la fama de mi nombre
y el trono de esplendor radiante y bello,
y.... ¿soy feliz?.... El alma fatigada
me responde que no. Insomnio eterno,

desconfianza sufro, agitaciones,
y temores sin fin, sin fin recelos.
Hasta mi propio hijo se revela,
y contra mí el pendon de guerra y duelo
alza tambien.... ¿á quién rey infelice,
tus pesares dirás y tus tormentos?

ESCENA II.

El mismo y HERMENEGILDO que se arroja á sus piés.

HERMENEGILDO.

A vuestro hijo que constante os ama
vuestro hijo, señor, el desgraciado
que vuestros reales piés sumiso besa,
hélo aquí, augusto rey, confuso y bajo
cual si implorára á Dios. Hoy sus errores
bajo vuestra bondad pone al amparo.
Faltas tan solo son de inesperienza,
de consejeros, seductores falsos,
no de mi corazon, que ardiente os quiere
como en la edad dichosa en que besaron
vuestros labios mi rostro de inocencia.
Perdon escelso rey, padre adorado.

LEOVIGILDO.

Eres tú Hermenegildo?... tú aquel hijo
en quién mis pensamientos se cifraron?
el que velé en la cuna? el que mi vida
para su frente ornar con régio lauro
me hizo esponer mil veces á la muerte,
quién por él á los grandes suplicando
un cetro le cedí?... Ah! no me engañas.
Eres mal caballero, el hombre ingrato,
el revelde á mi trono, el que mancilla

mi nombre y mi poder siempre preclaros?

Eres el que en Sevilla desde el sólio
que amante te ofrecí, lanzaste osado
la guerra y destruccion contra tu padre,?
quien la ley y el honor menospreciando,
la prision quebrantó? quien de la Bética
alterando la paz....

HERMENEGILDO.

Ah!.... Por Dios santo,
no me recordeis, no, mis desaciertos,
que el alma se me arranea al escucharos.
No me conduce á vuestras régias plantas
el brillador poder, la sed de mando.
Ya príncipe no soy, no tengo fueros,
no soy rey de Sevilla, soy esclavo
del gran rey Leovigildo. Aprisionadme.
De la justicia el poderoso brazo
descargue en mi cabeza..... al sacrificio
héme aquí, gran monarca preparado.

Mas antes que la muerte, padre mio,
me separe de vos, y que el mandato
de la cruel sentencia decreteis,
compasivo escuchad mi último encargo.

Sed el padre de Ingonda, de ese ángel
que las glorias del cielo me ha enseñado
de esa flor sin mancilla, cuyo aroma
la paz y la ventura me brindaron.

Infeliz! (*pensativo*) tan hermosa (*arrebatao*) ó pa-
mirad mi contricion!.. jamás mis labios (*dre mio!*)
con tan pura verdad hablaron nunca,
ni con tanto dolor han suplicado.

Qué importan mis delitos?... no sois grande
sobre todo los reyes? El retrato
¿no sois de un Dios, que acoge con dulzura

al mísero mortal?... ¡Oh padre amado!
á quien debo la vida, quien mil veces
me estrechó tiernamente con sus brazos!
Volvedme vuestra gracia!.... Y un instante
del alma generosa el arrebató
dejadme disfrutar ¿no veis mi anhelo
padre del corazón?... No estais mirando
el cariño entrañable que me abraza,
y que el respeto y el temor en vano
procuran detener, porque es mas fuerte
que las leyes civiles que han creado?
Dejadme que os abrace, padre mio,
que vuestro cuello estreche en mi entusiasmo,
que os oiga yo decir «Hermenegildo,
hijo del corazón, te he perdonado.»
Vierta mi sangre entonces si es preciso
por demandarlo así vuestro descanso.

LEOVIGILDO. (*á parte.*)

Débil soy en verdad; mas ¿quién resiste
al grito misterioso y sacrosanto
del amor paternal? (*á su hijo*) Hermenegildo!....
Ven á mis brazos.... ven.... soy padre!!.. y callo.

HERMENEGILDO. (*Arrojándose á sus brazos.*)
Bendito seas, que á la eterna dicha
del profundo dolor me has elevado.

El gozo que respiro al verme hijo
de un padre tan clemente y soberano,
no cabe en mi interior, y á contenerlo
no basta, no, del cielo el ancho espacio.

Este gozo infinito no es del mundo.....
es, como tú, de Dios, padre adorado.

LEOVIGILDO.

De mi debilidad, hijo del alma
no abuses por piedad. Un arrebató

fatal nos puede ser! Tengo deberes que el cielo me impusiera.... mis vasallos son tambien hijos mios, y mi vida á su bien y reposo la consagro.

Soy en fin caballero, y sobre el s6lio no puedo menos de ostentar el rayo.

¡Ay del que no acatare la justicia!

Ay del que á la bondad me fuere ingrato!... ent6nces.... no hay piedad en Leovigildo, la c6lera y la muerte solo lanzo.

Qu6date aqu3 en Toledo, s3 mi hijo, y tu arrepentimiento presenciando, verás que Leovigildo es tan buen rey como ha sido buen padre.

HERMENEGILDO.

Yo os consagro desde este mismo instante la existencia.

Quiero vivir por vos, idolatraros, y pedir al Alt3simo que os ceda eterna dicha, inmarcesible lauro.

Dejad que ora otra vez, 6 padre mio, sobre el augusto cuello eche mis brazos.

(*Se abrazan.*)

ESCENA III.

Dichos 3 INGONDA, al entrar 3sta los ve abrazados, se separan y ella dice.

INGONDA. (*Para s3.*)

No me engaño, Dios justo me has oido!..

(*Corre á los pi3s del rey.*)

Dejadme rey her6ico, que mostraros pueda mi gratitud, que á vuestras plantas os manifieste el gozo en tierno llanto.

HERMENEGILDO.

Mi esposa!... Cuánto amor!...

LEOVIGILDO.

Levanta, hija ,
vuelve como otras veces á mis brazos.

INGONDA.

Ah señor!... qué bondad!... Vos, no sabeis
la dicha y la ventura que hoy alcanzo.
No la puedo espresar!... El Ser inmenso
os la devuelva igual en luengos años.
No ha una hora, señor, que la amargura
me ahogaba el corazon.... Triste y temblando
estaba por mi esposo. En vano lucho
por esperar el suspirado fallo.
Corro ansiosa á implorar.... á enterneceros ,
y.... en gloria mi dolor habeis trocado.
Me volveis á mi esposo, que es mi vida!...
y con vuestro perdon monarca sacro,
en vos un padre que mi amparo fuera.
¡Qué feliz me habeis hecho, cielo santo!...

LEOVIGILDO.

Sí, Ingonda, le perdono. Sed mis hijos,
y de celo y amor siempre guiados,
conservad mi cariño.... y nunca, nunca
volvais á ser á mi bondad ingratos.
Tú, que el amor de Hermenegildo gozas
que el afecto de padre te consagro,
emplea tu virtud y tu hermosura
en ser el ángel tutelar de entrambos.

INGONDA.

Si mil vidas tuviera no bastaran
á ocuparse, señor, en compensaros.
¿Cómo olvidar el bien que nos haceis?
Nuestro afligido ser hoy transformado

por vuestro corazon ¿quién en el mundo de nuestra gratitud rompiera el lazo?

Es muy justo, señor, hasta las fieras estiman la caricia y el alhago.

No es posible tampoco que se agote en vuestro noble pecho, siempre humano, la fuente de bondad, que es el consuelo de todo el que padece desgraciado.

Vuestra alma generosa será espejo donde podamos sin cesar miraros.

Vos sereis pues, la palma del desierto cabe la que estos hijos fortunados descanso gozarán y afable sombra.

Como la yedra estenderé mis brazos; y viviendo con vos y Hermenegildo con mil dulces caricias enlazaros.

¿Dudais de mis palabras?

HERMENEGILDO.

Padre mio,

nunca mintieron sus hermosos labios.

Jamás en su alma cándida cupiera ni misera pasion ni vil engaño.

Escuchádlas, señor, su grato acento puro es como la luz que dan los astros.

LEOVIGILDO.

Bien, Ingonda, conozco que eres digna de toda mi ternura y mi cuidado.

Descanso en tu virtud, que ella conserve el afecto del hijo que hoy alcanzo.

¿Tienes mas que pedir?

INGONDA.

Que eternamente nos tengais ese amor tan acendrado. Solo con él la dicha gozaremos.

No faltará quizá, ¡Tiemblo al pensarlo!
alguno que envidiando la ventura
de que el cielo por vos nos ha colmado,
quiera verter en vuestro noble pecho
la copa del dolor..... quiera robarnos
el cariño entrañable que os debemos.
No lo creais, señor, será un malvado.
En nuestras venas vuestra sangre corre,
y es mas fácil morir, que ser ingratos.
Dios oirá mi oracion, que siempre oye
del agradecimiento el eco santo.
Vivid, señor feliz. En vuestra frente
caiga la bendicion como en los campos.
delicioso rocío; que la historia
marque por la bondad vuestro reinado.

LEOVIGILDO.

Adios Hermenegildo, cada dia
vendrás á visitarme. Asi lo aguardo.
Y tú, adorada hija, bella Ingonda,
no olvides mi deseo ni mi encargo.

HERMENEGILDO.

Esa es mi obligacion, esa mi gloria
y en cumplirla, señor, mi dicha alcanzo.

INGONDA.

El cielo os guarde, padre y rey augusto,
para hacer venturoso al pueblo hispano. (*Se van.*)

ESCENA IV.

LEOVIGILDO *solo.*

El corazon de un padre es un misterio,
y el amor á sus hijos un arcano.
Ni el trono, ni el poder de todo el orbe,

es grande como él, ni á sujetarlo
fuera bastante el cielo, porque el cielo
no puede revocar este mandato.
¡Ojalá que la sombra de Liuva
la magestad del s6lio, que profano
con mi debilidad, no me demande!
¡Ojalá dege el trono sin mancharle!

ESCENA V.

El mismo y CHINDASVINTO.

CHINDASVINTO.

Loor! escelso rey cuya grandeza
la fama dice en sonoro canto,
llevando de la tierra á los confines
vuestro inmenso poder y vuestros lauros.

Salud, se6or, ministro consegero
de vuestra magestad, honor tan alto
si tiene para m6 valor alguno,
es porque mi existencia os la consagro,
porque le ofrece á mi amistad ferviente
vuestro trono guardad, vuestro descanso.

LEOVIGILDO.

Tu lealtad, Chindasvinto, es la columna
mas fuerte de mi reino: afable, humano,
al llevarse al olimpo al buen Liuva,
otro hermano en t6 el cielo me ha mandado.
En t6 encuentra consuelo mi amargura,
mas de una vez calmaste mi quebranto
y t6 de la corona tan pesada
me ayudas á llevar el duro cargo.

CHINDASVINTO.

Duro en verdad, omnipotente rey,

y hoy mas duro que nunca. No ha bastado que cual marte os miráran en la guerra vencedor de la oróspeda y los cántabros, que ante vuestra presencia los vascones en Álava y Navarra se postraron, que la ciudad insigne de Vitoria publique vuestro esfuerzo sobre humano, que Mir, rey de los suevos, se acogiera á vuestra proteccion, que derrotados fueran los imperiales, que dos veces á vuestro hijo revelde perdonando, diérais la prueba irrefagable al mundo de que érais tan bondoso como bravo.... Nada basta, señor....

LEOVIGILDO.

¿Qué hay Chindasvinto?

¿Otra conspiracion?... Abre tu labio, y los autores di.... de mi justicia, de un terrible egemplar, la hora ha llegado.

CHINDASVINTO.

¡Qué triste es hoy mi comision, buen rey!
En vuestro noble pecho el puñal clavo.
Pero peligra el trono, y vuestra vida
no está libre quizá de horrible lazo.

LEOVIGILDO.

Los autores al punto.... Ya la cólera
siento en el corazon estar brotando.

CHINDASVINTO.

Calmaos, gran rey, el cielo que os ampara
la vil conspiracion trajo á mis manos.

Quidelverto y Goutran, estos dos reyes
unidos con sus fuerzas, concertados
con el emperador que es de los griegos
vuestra total ruina proclamaron.

Los habitantes de la antigua Iberia,
los miserables godos, que adjurando
la ley del arrianismo, contra el trono
defienden el pendon de los contrarios....
todos para vendederos, gran monarca,
estan acordados ya, ya preparados.
A Estremadura talarán primero,
y muerte y destruccion do quier dejando,
se lanzarán sobre el ilustre trono
para partirlo luego en mil pedazos.
Una órden aguardaban, una chispa
que encendiéra el volcan.... para lograrlo
os espian, señor, quizá el veneno
una mano traidora preparando,
en recompensa de la real clemencia,
os debe hacer beber!.... Tal lo he pensado.

LEOVIGILDO.

Dó se oculta el espía? Á quién monarca
proclaman los rebeldes?.... Pronunciadlos,
que para convertirlos en ceniza
el cielo como yo no tiene rayos.

Sus nombres prontos que el furor me ahoga.
¿En dónde estan?

CHINDASVINTO.

Señor.... En el palacio.
Cabe la gloria del escelso trono,
de la munificencia disfrutando,
se encuentra el tigre con la piel de oveja
esperando un momento á devoraros.

LEOVIGILDO.

Su nombre....

CHINDASVINTO.

Rey augusto, dispensadme,
por mas que la traicion el fuerte dardo

ha clavado en mi honor, pues se contaba
con que vuestra amistad yo profanando,
os vendiese también... yó!... infamia horrible!
que si gozo en la tierra algún encanto
es solo el que me dá mi ardiente anhelo
de consagrarme á vos!

LEOVIGILDO.

El nombre aguardo....

CHINDASVINTO.

Cuál lo siento, señor!... Hermenegildo.

LEOVIGILDO.

Nombre maldito de execrable espanto!
¿Hermenegildo has dicho? el hijo mio?
No puede ser mi sangre.... Lo rechazo.
¡Siempre traidor!... y cuando la justicia
su sangre derramar en el cadalso
debiera ¡débil rey!..... tú lo recibes
con cariño de padre entre los brazos!...
Cuando ha un instante que en mi noble seno
el afecto del alma le consagro
el puñal regicida preparaba!...
No es posible que el cielo haya arrojado
ese monstruo á la tierra!... Asesinarme!...
¿Y mi hijo era el verdugo...? Cielo santo!
Eso no puede ser... mi alma á su acento
no se pudo engañar... Oh! cuánto!... cuánto
sufre mi corazón!... Quitarme el trono!
oscurecer mi gloria!... Aprisionado
verme tal vez, y en sepulcral silencio
el veneno ó la sangre vomitando;
Oh!... no es posible!.. nó. Esto es un sueño;
sueño terrible con el cual batallo.

(Como delirando.)

Huid densas sombras que mi mente ofuscan!

Huye fantasma vil!... huye, hijo ingrato.
Respeta por deber del rey la vida,
no derrames la sangre de un anciano
que su seno te abrió.... vé que es tu padre.
Mira mi corazon!.... en él grabado
con indeleble amor yo te tenia....

CHINDASVINTO.

Escuchadme, señor, y sosegaos.

(*á parte.*) Hoy me vengo de Ingonda y Recaredo.
Morirá Hermenegildo. Lo he jurado.

LEOVIGILDO.

Mas.... ¿quién de mi justicia soberana
de mi inmenso poder, quién el villano
es, que se atreve á concitar mi ira?
No soy yo rey de España?... á mi mandato
no se alzan un millon de bravos godos?
Leovigildo no soy, quién con su brazo
pulverizó el poder de la anarquía,
y á su trono humilló reyes y esclavos?
Guerra y muerte al traidor!... la sangre corra
hasta saciar mis iras. (*Pausa.*) Oh insensato!..
¿Y contra quién mi cólera de fuego,
mi ardiente sed de sangre yo descargo?
Contra mi Hermenegildo!.... Contra el hijo
á quien yó diera el ser, que tanto amo!..
¿Este ser mi verdugo!... Es imposible!..
Amigo Chindasvinto, te engañaron.

CHINDASVINTO.

¡Ojalá que asi fuera, ilustre rey!
Pero este pliego régio interceptado,
os dirá mas que yo.... (*Le alarga un pliego.*)
LEOVIGILDO (*Lo lee sobresaltado y dice con sangre fria*)

Lo ha decretado
la justicia y el cielo. Ahora, al momento

á Sisberto darás este mandato.
Que á Hermenegildo á la prision conduzcan
como á odioso traidor, que sepultado
en oscuro y hediendo calabozo,
ese infame asesino, sin descanso
purgue de su alma negra los delitos,
hasta que yo pronuncie el justo fallo.

CHINDASVINTO.

Siento, señor, que la bondad os pierda....
Ya de Sevilla huyó... Señor, sé cauto.
Millones de vasallos Dios os diera
que debeis proteger: los arrianos
en vos descansan: el escelso trono
os pide el brillo á que le habeis alzado;
¿y podreis tolerar que sangre y luto
mancillen tantos vínculos sagrados?
Y podreis tolerar que por un hijo,
siempre traidor al padre, siempre ingrato,
que al apurar la copa del cariño
la vuelve con veneno al padre amado,
la religion, el trono, la nobleza
perezcan para siempre?

LEOVIGILDO.

No; de un tajo
sucumba esa cabeza maldecida
gérmen de destruccion, de luto y llanto.

(Toma la pluma.)

Al momento *(Piensa)* Gran Dios, mis sienes laten!
mis ojos se oscurecen y mi mano
con un temblor convulso, hasta la pluma
llena de indignacion ha rechazado. *(Tira la pluma.)*

Qué es de mi voluntad?... Aquí en mi pecho
hay un poder terrible, hay un arcano,
una voz que me dice, Leovigildo,

no te dejes llevar de tu arrebató.

Es tu hijo, es tu sangre!... y si la viertes
maldecido serás, padre nefario!!

Ah! dice bien la voz, es de los cielos,
yo no puedo ser juez.

CHINDASVINTO.

Qué estais hablando?

Dó vuestro honor, vuestra fulgente gloria,

dó Leovigildo está? sois vos acaso

de los godos el rey, al que el Eterno

el gobierno de España hubo entregado?

¿El que de Astrea la balanza tiene

para hacer venturoso el pueblo hispano?

¿Sois el leon, que en medio del combate,

las huestes derrotó? No..... yo me engaño.

Ya no sois Leovigildo, el gran monarca:

con vuestra compasion nos sepultamos.

Perder el trono, destruir el reino,

perder la religion y los vasallos

por un hijo rebelde.... un asesino,

que enarbola el puñal ensangrentado

de víctimas sin fin, contra el buen padre

que vivió para él.... De enojo santo

el corazon me lleno, y la venganza

en nombre de la ley estoy clamando.

Acordaos, señor, de Junio Bruto,

aquel fuerte guerrero, aquel romano,

que jamás igualó con vuestras glorias

y vedle al hijo suyo degollando

porque una sola vez faltó á la patria.

Por último, gran rey, ahora acordaos,

que depuesto del trono, oscurecido,

de todo el universo despreciado,

maldecido sin fin.....

LEOVIGILDO.

Calla que el fuego
está mi corazón despedazando.
¿Hora qué debo hacer?

CHINDASVINTO.

Firmad la muerte
de ese conspirador, de ese malvado.
Termine ese traidor.

LEOVIGILDO (*Va á firmar y se detiene.*)

Ah!... yo no puedo.

Es un rebelde infame.... es un villano,
es mi verdugo en fin,.... pero es mi hijo,
y ha pasado su infancia entre mis brazos!
Hay un poder supremo que me ordena
que no vierta su sangre. Estoy abogado
con la lucha fatal que me devora.
Yo verme sin el trono!.... sin mis lauros!...
sin mi inmenso poder!.... aborrecido!...

CHINDASVINTO.

De vuestra cabellera despojado!...

LEOVIGILDO.

Ira del cielo!!... muera, y que mi sangre
(*Firma y da el pliego á Chindasvinto.*)
el insensible suelo salpicando,
dé una horrible lección á los traidores.
Ve y cumple tu deber.

CHINDASVINTO.

Al punto parto,
que conservar el trono y vuestro nombre,
es mi primer afán, mi deber santo. (*Se va.*)

LEOVIGILDO.

Si á este precio se alcanza la corona,
¡maldición sobre mí, que la he gozado!...



ACTO TERCERO.



La escena en el palacio y en el mismo sitio: trascurre un dia desde el acto 1.º y 2.º, al 3.º

ESCENA I.

LEOVIGILDO *solo.*

Mando!... poder y gloria!... ¿qué me sirven?
¿de qué las oblaciones que me cercan?
¿soy acaso feliz? Tengo un momento
en que un fugaz placer calme mis penas?
Nó, que del sólio el resfulgente brillo
es espejo fatal, dó se revela
mi insaciable ambicion, dó se retrata
de mi alma la crueldad, que al mundo aterra.

(Con reconvencion irónica.)

Oh! tengo una corona!... Hoy mi crimen,
hoy mi perversidad, ¿no recompensa?
¡Esclavos que á mis plantas se sonrien!
¿y qué hacen mas que desear mi afrenta,
vivir con el delito, que engañarme,
llamándome otro Dios sobre la tierra?

(Con profundidad.)

Si al menos ya que el alma aprisionaron
por hierros soportando una diadema

que me tala las sienas, los infames
el grito acusador de la conciencia
me hubieran arrancado!.... El fuerte grito
que me desgarrá el pecho, y que se ceba
en clavarme el puñal mil y mil veces!

Ese grito terrible que me aterra,
que sin cesar bramando en mis oidos
del sueño horrorizado me despierta,
y esclama sin piedad. «Padre inclemente,
ser execrable!... á la prision te llega:
gózate en el martirio de tu hijo,
y al punto que el verdugo la cabeza
le divida á tu voz, cuando en sus labios
la voz de «compasion! se hiele y pierda,
con una copa su preciosa sangre
recoge con placer y faz risueña,
y en medio de tus viles cortesanos
entre alegre festin.... brinda por ella!.. »
Calla voz infernal, que despedazas
todo mi corazon!.. No hay resistencia. (*Abatido.*)
¿Yo de mi hijo verdugo?... (*Pausa*) nunca, nunca.
Aun le puedo salvar: sarvarle es fuerza.

ESCENA II.

El mismo é INGONDA *que se arroja á sus pies.*

INGONDA.

Mi rey y mi señor, á vuestras plantas
de amargura y dolor el alma llena,
teneis á esta infeliz, á la que siempre,
con amor paternal, con alma tierna,
hija del corazon, Ingonda hermosa,
le decíais sin cesar..... Tan solo espera,

no ya el cariño venturoso vuestro,
que es solo padecer su infausta estrella,
sino justicia y proteccion, buen rey.
Por el cielo calmad mi horrible pena.

LEOVIGILDO.

Levántate hija mia (se levanta y se sienta á su lado) tu tor-
todo mi padecer hora renueva, (mento
que soy bien infeliz. Plugo al destino
de veneno llenar mi real diadema,
y ya agotado el sufrimiento, el alma
en angustia y pesar está desecha.
¡Ojalá que el dolor que á tí te acosa
yo pueda consolar!

INGONDA.

No hay en la tierra
consuelo para mí, que el aura afable
que respiré en la cuna mi existencia
con la muerte infestó, y despiadada
me diera una agonía horrible y lenta.
¡Consuelo para mí!.... que tierna niña,
cubierta de candor y de inocencia,
no he tenido jamás un gozo puro
que la hiel el dolor no me ofreciera!....
¡Consuelo para mí!... cuándo la vida
si me colmó de gracia y de belleza,
si me adurmió con todos sus encantos
fué para ahogarme en desventura inmensa!
¡Consuelo para mí!... que al verme ornada
con los trages de amor, de dicha eterna,
la púrpura en un paño mortuorio,
miré trocarse y mi esperanza yerta!....
No hay para mí consuelo, augusto rey.
De mi vivir la luz solo se alienta
con amargo dolor, y solo alumbra

la agonía de Ingonda, que ora os ruega.
Débil muger al fin, el duro trance
que mis ojos tristísimos revelan,
necesita un consuelo, algun apoyo
que calme mi aflicción, mi acerba pena,
que recoja mis últimos suspiros,
que reciba el amor que le tuviera,
que del mundo me ayude á despedirme
sin cruel abatimiento y sin tristeza.
Ese ser bendecido por quien sufro,
en oscura masmorra se lamenta:
Ese ser... es mi esposo, es... vuestro hijo.
Dadle la libertad aunque yo muera.

LEOVIGILDO.

No lo pronuncies, no, calla ese nombre
de ingratitud de oprobio y vil afrenta.
ese nombre traidor, que el alma mía
á eterno padecer hoy la encadena,
ya esta juzgado Ingonda, la justicia
pronunció en alta voz la cruel sentencia.

INGONDA.

¿Y pelagra su vida...? No engañarme
ya lo quiero salvar: no hay en la tierra
poder que me lo impida. Si, decidme,
si la justicia á muerte le condena.
Mas.... no me lo digais! yo no puedo
vuestra órden escuchar si es tan funesta.
No, no es posible que la infamia llegue
á consumir el crimen.... ¿quién pudiera
á Hermenegildo condenar, en dónde
la virtud y el honor solo se encuentran?
No es posible, señor, vos sois un padre
y el amor paternal en vos se alienta.
Vos sois benigno y nunca habeis tenido

las pérdidas entrañas de una hiena.
Vos no querreis, señor, llenar de sangre
la frente augusta y la inmortal diadema:
vos no permitireis que vuestro hijo
al hacha del verdugo la cabeza
ofrezca, maldicion al que la vida
para beber su sangre le cediera:
Vos no sereis un monstruo.... nó, apiadaos
de esta infeliz muger!... Haced clemencia
de mi intenso dolor..... ah! yo fallezco!.....
para tanto sufrir no tengo fuerzas.

LEOVIGILDO.

Cálmate, Ingonda, tu dolor vehemente
es un puñal que el alma me atraviesa.
Aunque me ves furioso que á mi acento
sucumben los traidores y se aterran,
y sangre y destruccion do quier los restos
de mi terrible cólera se muestran,
semejante á la mar que rugé airada
y en su imenso furor todo lo estrella....
el seno es de sus hijos..... allí viven,
que así lo decretó naturaleza.
Hoy reuniré el consejo de mi estado,
hoy haré que esta causa en él se vea,
pediré por mi hijo y la justicia
decidirá despues con su prudencia.

INGONDA.

¿Dónde está la justicia?... Allá en el cielo:
el infeliz, señor, jamás la encuentra;
¿Quién os dice, mi rey, que esos ministros,
á los que dais la autoridad suprema,
para juzgar á vuestra propia sangre
no tengan interés porque se vierta?
¿Quién os dice, señor, que las traiciones

en vuestros consejeros no se encierran?
que con la sangre del ilustre hijo
al padre ingrato y débil no envenenan?

LEOVIGILDO.

Calla!.... que me horrorizas!!... á mi lucha
no añadas el recelo. Mi fiereza
semejante á los gases inflamables
una chispa no mas tan solo espera.

INGONDA. (*Absorta en sus ideas, sigue sin escuchar al rey.*)

Que clamando justicia no os presenten
á la faz de la Europa con el lema
de «asesino del hijo....» y al momento
el trono destrozando con cruda guerra?...

Mas si por esas leyes del estado
á toda compasion cerrais la puerta,
si del pecho arrojaís, padre inclemente,
el grito de la fiel naturaleza,
si sangre pide el trono.... hé aquí la mia,
aunque débil muger, quiero ofrecerla.

Así el Dios tutelar de vuestro sólio
la víctima tendrá que ansioso espera,
y quedareis tranquilo, sin que un grito
atormente jamás vuestra conciencia.

Decid que yo reduce á Hermenegildo,
que por mí la traicion solo siguiera,
que de Arrio los altares si profana,
si su ley adjuró por otra nueva,
yó sola el móvil, la culpante he sido.

Decid que soy el foco de la guerra,
que soy un ser odioso, aborrecible,
que es España infeliz con mi presencia...
cuanto querrais decid... salve á mi esposo,
y cumplí mi deber sobre la tierra;

concededme esta gracia, yo os la pido,
con el dolor de un alma turbulenta
de amargura inundada, con el llanto
que mis megillas abrasadas riega.
¿Qué me importa la vida...? Cual la cuna
que en el piélago obscuro reverbera,
así un día creí ser luz y guía
del infeliz que lucha entre tinieblas
ofreciendo el benéfico consuelo
del puerto que buscára en su miseria;
mas tocando en mi ocaso, de dolores,
de amarguras sin fin, la faz envuelta,
permitid que mis últimos destellos
los consagre á salvar de la tormenta,
del oscuro recinto en que padece
arrastrando la bárbara cadena,
á mi adorado esposo, á vuestro hijo!....
y yó me oculte en noche sempiterna.

LEOVIGILDO.

¡Qué grandeza de alma!.. De este mundo,
flor hermosa y marchita, no es tu esencia.
Tú eres de Dios un ángel mensajero
que en el terrible abismo me sujeta.
Tus palabras tristísimas, sublimes,
un mágico poder á mi alma llevan.
No se apagará, no, tu luz preciosa,
astro de salvacion.... Esa luz bella
quizá salve mi trono, y arrebate
de mi intenso sufrir, la nube espesa.
Hoy libraré á mi hijo: sí, á tu esposo!
haré valer su honor y su inocencia.
¿Qué mas quieres de mí?... Quiéres mis brazos?

INGONDA. (*Arrójase en ellos.*)

Padre del corazon!... bendito seas!

LEOVIGILDO.

Vete, querida Ingonda, que el consejo voy á mandar reunir. Ya mi impaciencia no puedo tolerar....

INGONDA.

El cielo colme
tan escelsa virtud, tanta grandeza. (*Vase.*)

ESCENA III.

El REY solo.

Si algo existe inmortal en este mundo,
si hay algo que en la tierra no perezca,
si á la ambicion y orgullo satisfechos
hay poder que refrene en su carrera
es de padre el amor, que heróico, ardiente,
poderoso á los seres encadena.

En su egoismo el rey, las afecciones
al elevarse al trono pisotea;
mas cuando adormecido en nube de oro
sobre esclavos y míseros se eleva,
ó de padre el amor le baja al mundo,
ó al abismo en su olvido le despeña.

Revelde ha sido Hermenegildo ahora
¿quién me ha dicho por qué, cuando mil pruebas
me diera de su amor y su cariño?... (*Pausa.*)
¿En dónde está del sólio la escelencia?
¿Dónde de Dios la comision augusta?
de la divinidad ¿dónde la enseña....
sinó alcanzo á saber quiénes me engañan,
ni á saberme quitar la negra venda,
que súbditos infames me pusieron
al fijar en mi frente la diadema?

Juguete siempre de traicion y dolo,
las palabras de Ingonda en mí resuenan:
«¿Quién os dice, mi rey, que esos ministros,
á los que dais la autoridad suprema,
para juzgar á vuestra propia sangre
no tengan interés porque se vierta?»

(Reflexionando.)

¿Si será el que me vende Chindasvinto
y de su vil pasion seré la ofrenda?

(Pausa) Es mi mejor amigo!.. *(Dudando)* Justamente
se invoca la amistad, para que sea
el verdugo del alma generosa,
que á tan dulce afeccion abrió la puerta.

¡Su marcado interés contra mi hijo!

Su ardiente afan por la cruel sentencia,

logrando que mi mano autorizára

que su sangre preciosa se vertiera!.....

Su precipitacion!.. O Dios que dudas!...

Ira del cielo!.. maldicion eterna!!...

(Resuelto.)

Pero no es tarde aun, mandé un obispo

que de Arrio á los altares hoy tragera

á mi obstinado hijo, y suspendida

la sentencia quedó. Ya el tiempo vuela,

y es preciso aclarar este misterio

que mi razon confunde en sus tinieblas.

ESCENA IV.

El REY y SISBERTO

LEOVIGILDO.

Sisberto? *(Llamando.)*

SISBERTO.

¿Qué, señor? en qué yo puedo

complacer de mi rey la alta grandeza?

LEOVIGILDO.

Deseo que el ministro Chindasvinto
al instante se ponga en mi presencia.

SISBERTO.

Voy al punto, señor. (*Se vá.*)

LEOVIGILDO.

¿Qué hacer, Dios santo,
entre los mil peligros que me cercan?
quién me aconsejará, que entre mi brillo
un hombre padeciendo solo vea?

ESCENA V.

El mismo y RECAREDO.

RECAREDO.

Padre del corazón! ve á Recaredo
que de amor filial el alma llena,
que lleno de vigor á consolaros
desciende cual la lluvia hácia la tierra,
á quien el huracan secó y los rayos
del sol abrasador. Sé vuestras penas
y á que terminen vengo, amado padre,
con toda la efusion de un alma tierna,
valiente como el génio, con el brio
que el sacro amor de hijo me cediera.
Yo que la ilustre sangre con orgullo
conozco circular entre mis venas,
vengo á mostrar al mundo que mi padre
es grande y bondadoso, y que mintieran
los que en su sólio, y en su frente augusta,
quieren gravar el deshonor.... la afrenta.

LEOVIGILDO.

¿Qué quieres, Recaredo, amable hijo?

¿Qué me anuncias también en la tormenta
que mi pecho volcánico desgarrar?

Nuevos peligros sin piedad me asédian?

Será que condenado á la tortura
para solo sufrir la vida tenga?

Será que como Tántalo la fuente
oiga de la delicia, siempre cerca
sin poderla gustar, y en sed rabiosa
ver perecer mi pecho en la violencia?

¿Será que los traidores como buitres
en mí hayan señalado la vil presa?

Habla ¿quién me persigue?

RECAREDO.

Chindasvinto.

Ese mónstruo que el cielo en su fiereza
del abismo arrojó: ese hombre odioso
que muerte solo y destruccion alienta:

volcan oculto que el escelso trono

con blandos movimientos balancea,

y que espera romper como el vesubio
para hacer mil pedazos la diadema.

El cielo, padre mio, oyó mis votos,

el cielo que por vos constante vela,

me enseñó que ese hombre os preparaba

un veneno mortal con faz risueña.

LEOVIGILDO.

Esponme su maldad. Habla, hijo mio,
de su perversidad dame la prueba.

Oh! que no te alucine tu cariño!....

Que tu honrado entusiasmo no me pierda!

Siempre le miré fiel, y no una duda

que ora el alma me abrasa cual centella,

venga á perder entre mi justo encono

á un amigo leal que Dios me diera,

mira que es peligroso en este instante
ofuscar mi razon!... La mar inmensa
al salir de su seno, tal destrozo
cual tu padre infeliz, quizá no hiciera.

RECAREDO.

No me conoceis, no, cuando así ablais:
Dudar no sabe un alma con nobleza.
Ni incertidumbre ni pasion me guian.....
tan solo la verdad aunque perezca.
¿Qué me importa el poder del mundo entero?
¿Qué me importa la paz, ni qué la guerra,
ni qué en fin mi existir, si en el espacio
donde ruedan los soles y planetas,
mi afeccion al honor, al padre amado,
á la hermosa virtud que llora y ruega
no cabe, ni del alma el arretrato?
Que una sola palabra vuestra espera
para romper cual súbito torrente
que á su intenso poder le falta tierra?
¿Qué importa que al tenderme vos la mano
el hijo con el padre desaparezcan?

La intriga podrá darme mil tormentos
¿mas quién encadenar mi alma pudiera,
y mucho menos al miraros hoy
víctima atroz de la perfidia negra?

LEOVIGILDO.

Pero ¿quién?... Cómo?... Dí que yo lo mando.
¿Qué me vas á anunciar?

RECAREDO.

Nada os revela,
ó mi querido padre, cuanto ahora
mi lengua os habla, que jamás mintiera?
Esperad que os entere, y que podais
á ese hombre maldecir con saña fiera.

Chindasvinto, señor, ese hombre oscuro,
de corazón feroz, de alma perversa,
que ha debido á la intriga y la falsía
hoy su puesto ocupar con tanta mengua;
por su anhelo ferviente concitado,
por la infame ambición que se apodera
del hombre que en sus sueños le adormece
y que entre su letargo le despeña,
no encuentra fin á su ilusión de mando,
y todas las bondades que debiera
á vuestra real clemencia, en combustible
para pronto incendiaros las conserva.
Porque en el ministerio ya no cabe
solicita el cobarde una diadema,
una parte de España. Como nunca
satélites faltaron á la empresa
de un genio destructor, los viles reyes
Quidelverto y Gontran, á quien se unieran
Mir, y varios cristianos ambiciosos
del rico y feraz reino de Valencia,
al ministro ofrecieron la corona,
para ellos dividirse vuestras tierras.
Por víctimas, señor, os designaban,
y á nosotros también de esta manera.
A Hermenegildo, cual de Dios mandado
para estender de Cristo la alta enseña
ofrecieron un nombre heróico, y grande,
y un culto como al cielo se le presta:
de este modo, traidor os lo entregaban,
y esperaban de vos que su cabeza
en holocausto de justicia á España
presentárais al punto. En la contienda
lanzábanse llamándoos asesino:
al intento aprestadas ya las fuerzas

os cercaban, señor, y vuestra sangre
con la de Hermenegildo se vertiera.
Para que nada, en fin, yo sospechase
de esta trama infernal, con sutileza
mi cariño ese monstruo disputaba,
jurándome lealtad y una fe ciega.
He aquí un pliego, señor, que he interceptado,
que el ministro á Gontran le dirigiera,
gozándose del éxito brillante
que ya consigue su sangrienta empresa.
En él hace mencion del otro pliego
que presentó el infame á Vuestra Alteza,
para que pareciendo que mi hermano
nueva conspiracion os ofreciera,
llenándoos de rencor, de justa furia,
de su muerte arrancaros la sentencia.
Leed, padre y Señor, si es que podeis
la colera calmar en tanta ofensa.
(Le da el pliego que lee Leovigildo sobresaltado y dice.)

LEOVIGILDO.

¿Tienes mas que añadir?... ¿tiene ese monstruo
(será gran Dios verdad que yo lo vea!)
algun mérito mas con que rebose
de mi furor la copa?

RECAREDO.

Sí, aun le queda.

Veis la persecucion que contra Ingonda,
contra ese angel de amor y de inocencia,
ha tenido constante?... Es.... preparaos
para escuchar el colmo de la afrenta!...
Es... porque en su amargura, atormentada,
requerida de amor, le maldijera.
Yo testigo, señor, de su osadía,
yo testigo, mi rey, de su vileza

le sorprendí cuando el amor nefando
á Ingonda reveló con torpe lengua.

LEOVIGILDO.

Basta, basta por Dios. ¿No has visto, hijo,
una tierra abrasada, cuyas grietas
que solo fuego arrojan, cómo el agua
absorven y sepultan?... Tan sedienta
mi alma de la sangre del ministro
está en este momento.... Ten prudencia.
Silencio, Recaredo!... está sereno,
y observa de tu padre la grandeza.

ESCENA VI.

Dichos y SISBERTO.

SISBERTO.

Vuestra orden, señor, queda cumplida :
vendrá el ministro á vuestra real presencia.

LEOVIGILDO.

Pues bien, ten un reten de bravos godos,
que me respondan de él, que por do quiera
espíen sus pasos. Si de aquesta córte
intentase salir, que lo detengan.

Aun quiero mas, Sisberto: de Toledo
vigila las murallas y las puertas.

De la tranquilidad tú me respondes:
por tu fidelidad, la recompensa
te guarda mi bondad... si me faltares!...
del aire está pendiente tu cabeza.

SISBERTO.

En serviros, Señor, me ocupo solo:
de mi suma lealtad siempre os di pruebas. (*vase*)

LEOVIGILDO.

Vé con Dios.

ESCENA VII.

LEOVIGILDO y RECAREDO.

LEOVIGILDO.

Que hoy España, el mundo todo
verá, que Leovigildo si en la guerra,
es el terrible Marte, y su corona
con valor sin igual brillante ostenta,
de las leyes sostiene la balanza
y con genio y justicia á todos pesa.

RECAREDO.

Qué intentais, padre mio? vuestro pecho
abrid á Recaredo.... ¿quién tuviera
mas derechos que yo?.... Soy godó, noble,
vivo por el honor, soy sangre vuestra.
Mandadme como á hijo, como amigo,
con tal que me ocupeis en la defensa
de vuestra real persona, y de este trono
que el cielo justamente os concediera,
ordenadme, señor, que bien gustoso
diera por vos la sangre de mis venas.
¿Quién tanto os quiso nunca? quién mas digno
de merecér vuestra amistad se viera?

ESCENA VIII.

Dichos y CHINDASVENTO.

CHINDASVENTO.

Mi rey; á vuestras órdenes sagradas.....

RECAREDO.

(á parte) ¿Quién mi inmenso furor, quién lo sujeta?..

LEOVIGILDO.

(á parte) En tan serena faz: Cuánta perfidia!....

CHINDASVINTO.

He corrido al momento ¿Qué me ordenas?
En qué puede el mas fiel de vuestros súbditos
ocuparse en servir á vuestra alteza?

LEOVIGILDO.

De la prision en el instante mismo,
Hermenegildo á mi presencia venga,
y á la vez el consejo de mi Estado
mañana reunirás, pues interesa
á la paz de tu rey y á su corona.
De tu fiel amistad, mi afan espera
que ni un solo segundo se dilate
lo que el monarca amigo tanto anhela.

(Chindasvintó afectado no responde.)

LEOVIGILDO.

¿Por qué esa distraccion? no me has oido?
¿no entiendes, Chindasvinto?

RECAREDO.

(á parte) Qué violencia
siento en el corazon!!.. Ese silencio!!..

CHINDASVINTO.

Dudais, señor, de mí cuya fé ciega
es solo complaceros?... qué otra causa
promueve mi silencio, ata mi lengua?
No os acordais, mi Rey, que me encargásteis
la dura ejecucion de una sentencia.?

LEOVIGILDO.

Acaba por piedad, la horrible duda,
que me devora el alma... pronto sea;
¿Qué es de mi Hermenegildo?

RECAREDO.

Ira divina
si á confirmarse llegan mis sospechas!
(Chindasvinto sigue callando.)

LEOVIGILDO.

¿No sabes, monstruo vil, que aquel mandato que en medio de la furia loco diera, era de mis entrañas el verdugo? Que al terminar la fiebre ardiente, acerba, para que la justicia solo obrase te impuse, Chindasvinto, al punto treguas? Responde... Hemenegildo, dó se halla? Si me engañas!... confúndate la tierra.

CHINDASVINTO.

Ayer, vos le juzgásteis en el mundo: yo fiel cumplí la voluntad suprema, y anoche en la prision, al Ser Eterno, el alma del traidor ha dado cuenta.

(Recaredo cruza los brazos aterrado.)

LEOVIGILDO.

Hijo del corazon!... qué horror!... tu padre asesino, verdugo!... en las tinieblas tu sangre derramó!... Mentira, infamia.....
(á Chindasv.) Tú has sido el tigre, tú, maldito seas.

(Cae aletargado sobre un sillón.)

ESCENA IX.

Dichos é INGONDA que sin reparar en nadie se arroja á los pies del Rey. RECAREDO á poca distancia de CHINDASVINTO, estará con una calma profunda, ocupado principalmente en la venganza fijando la vista, ya en INGONDA y LEOVIGILDO y con terror en CHINDASVINTO, que parece estar sintiendo las desgracias que ocurren.

INGONDA.

Justicia, rey augusto, padre mio!...

Tened piedad de Ingonda ; ay! que os ruega con el alma tristesísima, angustiada, en llanto amargo y aflicción deshecha.

Me han dicho que mi esposo ; yo fallezco! debe sufrir la última sentencia :

y me habeis engañado!... y á pediros vengo, hoy, padre del alma, vuestra oferta,

y á que me concedais que vuele al punto á la prisión con él. Que yo le vea:

que yo allí le consuele, y que en sus brazos si es preciso morir, con él perezca.

Mas... qué teneis, señor,?... no respondeis?

No quereis escuchar ya mis querellas?

Me desgarrais el alma... oh Dios, qué miro!...
(Ve á Recaredo, se levanta y se dirige á su lado.)

Qué es esto, Recaredo? Horrible escena! me salta el corazon!...

RECAREDO.

Desventurada!

CHINDASVINTO.

(á parte.) Mi amor odiabas!... ve la recompensa. Gozará de tu encanto mi venganza.

INGONDA.

El silencio!.. el mirar!.. todo revela.. *(Ve á Chind.)*

Chindasvinto!. qué horror!. ¿Qué es de mi esposo?

Háblame Recaredo.... Ya la pena

oprime mi garganta..... ya no puedo

resistir mas....

RECAREDO.

Murió!....

INGONDA.

Dios de clemencia. *(Cae desmayada en una silla, para lo cual se habrá aproximado á ella.)*

LEOVIGILDO (*delirando se levanta del sillón y vuelve á caer en él aletargado.*)

Mi espada!... sangre!... venga el asesino!

¿No sentís de mi furia, horrible, inmensa el hervidero atroz?... no veis mi pecho que se inflama y se hincha con violencia?

Sangre!.. verdugo impío!... sangre pronto, sangre para apagar mi ardiente hoguera!....

Hermenegildo, ven!... ven, hijo mio, la horrible pesadilla que me aterra.

ven al punto á calmar... ¿Qué? no respondes?

¿Es verdad que el verdugo tu cabeza, hijo del corazón, hoy te ha cortado

y tu cuerpo en la sangre se revuelca?

Hermenegildo ven... oh Dios!... su cuerpo...

Oh! trágeme el abismo!.. un rayo venga.

(*Cae aletargado.*)

CHINDASVINTO.

Natural el dolor, ó Recaredo, procuremos calmar su aguda pena.

Aunque traidor, al fin era su hijo....

(*Recaredo sigue inmóvil con los brazos cruzados, pronto á romper el furor que le ahoga.*)

INGONDA (*se levanta de la silla, y sin separarse de ella dirá delirando.*)

Ya estoy aquí contigo, dulce esposo.

¿No ves desaparecerse las tinieblas de tu horrible prisión?... no ves las flores que á los dos nos ofrece la pradera?

¿No escuchas el murmullo de la fuente? el cantar de las aves ¿no te alegra?

Aquí solo, tan solo para amarnos viviremos los dos...!Cómo refresca el aura tu ancha frente!.. En mi regazo

descansa esposo, amado, de tus penas.

Ya estasiada descanso en la ventura,
ya me elevo hácia Dios!.. ya estamos cerca!

Sostenme, esposo mio, á tanto gozo
no basta el corazon, no tengo fuerzas. (*Cae de rodillas apoyada en la silla.*)

CHINDASVINTO.

(*á parte*) Me aterran sus palabras... tengo miedo.

RECAREDO. (*Con ironia aterradora.*)

¿Podré ya disponer de la diadema?

¿Con qué te pagaré?.. Oh Chindasvinto!

¿Qué venturoso soy, por tu elemencia!

¿Con qué te pagaré?.. para tu alma

es poco el galardón que yo pudiera

ofrecerte este día: para esa sangre

que has hecho derramar con faz serena

entre la oscuridad de un calabozo.

¿Qué premio elegiré?.. No hay en la tierra

oro, poder ni mando que compensen

de tu genio y tu alma la grandeza.

(*Con furia*) Sangre, sangre tan solo de inocentes
y cuerpos palpitantes te alimentan.

¿Me conoces, infame? no percibes

el fuego que en mis ojos centellea?

¿No miras el sudor que ardiente vierto

y en cada gota un rayo que te asesta?

¿No ves, vil asesino, mis cabellos

armarse cual puñales de mi ciega

y volcánica furia?... ¿Me conoces?

¿Por qué cien y cien cuerpos no te diera

Dios en su maldición, para cebarme

en esa carne hedionda que me infesta?

Te acuerdas? (*coje el puñal*) lo ofrecí (*le tira*) Muere

Dios te confunda en noche sempiterna. (*villano.*)

(Señalando á Ingonda.)

La inocencia está allí con su aureola!

(A su padre.)

Aquí el remordimiento en lucha acerba!

(Idem á Chindasvinto.)

Aquí el crimen manchado con la sangre
que acaba de arrojar su alma perversa!

Y yo estático y mudo contemplando
esta leccion del mundo tan tremenda.

Todo es yugo y sufrir!.. si hay algo grande
es solo la virtud sobre la tierra.





